

MIGUEL HERNÁNDEZ, *Antología poética*. Ed. A. Sánchez Vidal. Vicens Vives, Barcelona, 1993; 213 pp.

En la colección de *Clásicos hispánicos* de la editorial barcelonesa Vicens Vives apareció en 1993 la *Antología poética* de Miguel Hernández, compilada y presentada por Agustín Sánchez Vidal, autor de numerosos estudios y ediciones de la obra de Hernández. Se trata de una antología didáctica con una selección audaz, una amplia introducción que incluye material fotográfico y notas útiles que sirven de orientación para los iniciados en la obra hernandiana. Además, incluye un apartado de “documentos” en el que aparecen citas interesantes que críticos y amigos de Hernández hacen en torno a su obra. Y finalmente un anexo estudio con fines estrictamente didácticos para abordar el material poético de este autor, preparado por Manuel Otero Toral.

El estudio introductorio ofrece un detallado panorama de la vida y obra de Miguel Hernández e incluye útiles referencias bibliográficas de especialistas en su poesía, como María de García Ifach, biógrafa de Hernández, y antólogos, como Josefina Manresa, Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, J. Cano Ballesta y Concha Zardoya. Sin embargo, se echan de menos alusiones a Manuel Molina, José Luis Cano, Elviro Romero y Andrés Ramón Vázquez, Antonio Vilanova o Jacinto Luis Guereña, quienes también han dedicado gran parte de su tiempo a la investigación y recopilación de la obra de Hernández.

La metodología generacional, que sólo en parte permite ordenar un panorama amplio y confuso de poetas, condena a algunos de ellos a convertirse en parteaguas de dos generaciones o grupos distintos a los que son adscritos por diversos críticos. Tal es el polemizado caso de Hernández, quien ha sufrido la suerte de ser vinculado por algunos estudiosos a la generación del ‘27, y por otros a la del ‘36. Según la mayoría de los críticos (Pérez Gutiérrez, y Miró, entre otros), Hernández pertenece claramente a la generación del ‘36 o, como diría Gullón, la “generación escindida”, pues surge al comienzo de la guerra civil, cuando algunos poetas jóvenes como él comenzaban a darse a conocer. Y no sólo por edad, sino porque el punto culminante de su creación está adscrito más a la tendencia caracterizada por los del ‘36. En este sentido aparecería vinculado a la obra de poetas como Luis Rosales, Leopoldo y Juan Panero, Gabriel Celaya, Luis Felipe Vivanco, entre otros, que comprendían la nueva promoción de poesía profundamente humanizada y que, contrariamente a la “poesía pura” que la antecedió, se jactaba de ser “impura”.

Sánchez Vidal, por su parte, califica a Hernández como el integrante más joven de la generación del ‘27, a la que se sumó con mucho retraso. Esto puede ser cierto si se contempla sólo una parte de la obra fuertemente marcada por la influencia de sus maestros Alexandre, Alberti y Neruda.

En general, el estudio introductorio es amplio y completo, y narra en un estilo accesible la situación y el contexto en los que se desarrolló la vida y obra de Miguel Hernández, aunque quizá peque a veces de demasiado anecdótico y romántico al ilustrar las peripecias del poeta: ser echado de una fonda de Madrid, tener que dormir “en el metro o en la calle”, la soledad de la ciudad, la “vergüenza por sus ropas, que van deteriorándose hasta no atreverse a frecuentar las tertulias de los intelectuales «señoritos»”, la espera de ayuda oficial “que nunca llegará...”

Aunque por supuesto Hernández tuvo fuertes vivencias que marcaron su poesía de raíz (la guerra civil y los encierros sufridos durante largos años en diversas cárceles), el antólogo parece interesarse más por las calamidades del poeta, relatadas en detalle con cierto dramatismo casi novelístico, perdiendo en ocasiones la proporción entre lo verdaderamente importante de su vida y su obra, y la anécdota ilustrativa, que retrata al poeta “debaténdose en la mayor penuria”. A pesar de ser explícito y didáctico, a veces incurre en lugares comunes que el lector no iniciado, a quien aparentemente está dirigida esta edición, no logra entender, como cuando describe las diferentes facetas de la obra hernandiana: versos ingeniosos, pedestres, herméticos, católicos y “más allá comunistas y muy a menudo poesía, a secas”. Se pregunta uno qué quiere decir con afirmaciones tan contundentes y vacías como “poesía a secas”...

En cuanto a la obra antologada, la clasifica en ocho apartados, dividiéndola tanto por obras importantes como por etapas, lo cual quizá en un primer momento pueda confundir al lector: Poemas de adolescencia (1925-1932), *Perito en lunas* (1933), Poesía pura (1933-1935), *El rayo que no cesa* (1936), Poesía impura (1935-1936), *Viento del pueblo* (1937), *El hombre acecha* (1939) y *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1940).

De la primera etapa resalta esa mezcla autodidacta que enriqueció al autor: por una parte el campo, las cabras y su pueblo de Orihuela y, por otra, el contacto con sus primeras lecturas: Darío, J. R. Jiménez y Bécquer. Destaca también la influencia de su amigo Ramón Sijé, quien sobre todo entre 1933 y 1934, y a pesar de ser más joven que él, se convirtió en una especie de mentor.

Más adelante ilustra con acierto la apertura que sufre el poeta hacia otras amistades, relaciones amorosas y nuevas influencias y modelos como los simbolistas y postsimbolistas franceses, Jorge Guillén, Góngora, las greguerías de Gómez de la Serna, José Bergamín, o los encuentros y vinculaciones con José María Cossío, Juan Ramón Jiménez, García Lorca y Alberti, quienes se convirtieron en sus amigos y guías.

Sin embargo, los modelos principales de Hernández, como bien destaca su antólogo, fueron Aleixandre y Neruda, a quienes conoció personalmente y quienes entre otras cosas le otorgaran un bagaje surreal.

Con respecto a Neruda, menciona el importante encuentro que tuvo con él en Madrid y que le cambiaría su perspectiva. Neruda llega a convertirse en una figura decisiva que lo aparta del grupo neocatólico de Orihuela y lo orienta a distanciarse de la poesía pura en la batalla que se desarrolló entre 1934 y 1936. También el contacto con Aleixandre lo marcará fuertemente, y a él se le atribuye haber sido una de las claves por las que Hernández logra desarrollar parte importante de su obra antes de 1939. Es a Aleixandre a quien dedica en 1937 *Viento del pueblo*. Quizá estos importantes contactos sean el motivo por el cual el antólogo lo describe como poeta situado como gozne entre el grupo del '27 y la nueva promoción.

No cabe duda del gran impacto que tuvieron estos dos maestros en la vida de Hernández y la antología da constancia de ello al incluir la "Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre" y la "Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda".

El autor completa la imagen de la creación literaria de Hernández mencionando su incursión en el teatro, donde se destacó con su auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve*, con la obra en prosa *Los hijos de la piedra* y con el *Pastor de la muerte*, obra épica, autobiográfica y pastoril.

En materia de poesía, aunque aprendió de las lecturas de los clásicos y de los encuentros con sus maestros, su escuela también fue la naturaleza, el amor, la religiosidad, la pasión política, la guerra y la muerte, motivos que conforman los temas fundamentales que recorren su poesía llena de nostalgias y anhelos: el amor, la muerte y el dolor.

Cabe destacar algunos momentos importantes en su obra: *Perito en lunas* (1933), con el que, a base de lecturas de los clásicos (período gongorino al estilo '27 y neogarcilacismo) marca una evolución, sustentada en las metáforas y en una tensión del lenguaje que antes no existía en sus versos, llevada al extremo de componer poemas casi ininteligibles: lo que Sijé llamó en su prólogo "transmutación".

La segunda es la etapa religiosa (que duraría un año, de 1933 a 1934), donde muestra una veta heroica que será frecuentemente antologada. De esta época es *El silbo vulnerado*, de claro registro místico, donde se ve cierta influencia de Sijé, y del que se destacan poemas como "Citación-fatal" y "A María Santísima", comprendidas en la antología de Sánchez Vidal. Sin embargo, esa poesía no llegó a trascender tanto como la bélica.

Su obra decisiva, considerada por muchos la más valiosa, es *El rayo que no cesa* (1936), que aparte de su infortunada aparición en la feria del libro de Madrid, fue abruptamente interrumpida en 1936 por la guerra civil. Sin embargo es el libro que sin duda lo consagró como poeta y lo vinculó a la "poesía impura", considerándolo como emblema "para la rehumanización de la poesía". Las vértebras del libro

son los poemas “Elegía”, “Me llamo barro aunque Miguel me llame” y “Un carnívoro cuchillo”, incluidas también en la antología.

El periodo político está cubierto por obras como *Viento del pueblo*, *El hombre acecha*, *Cancionero y romancero de ausencias* y *Poemas últimos*.

Frente a *Viento del pueblo*, obra todavía de poesía colectivista y entusiasta, de identificación con una mayoría, de compromiso político y grandes valores como la fraternidad y la libertad, las obras posteriores se vuelven cada vez más oscuras y derrotistas. En general, *Viento del pueblo* se caracteriza como libro desigual, que incluye una interesante visión de poesía tradicional, íntima, de recuerdos de infancia y de paisaje, en donde aparecen “El sudor” y “El niño yuntero”, que marcan un claro progreso de estilo del poeta. Pero lo que une a todos los poemas es la franca intención de estar cerca del pueblo.

Experiencias como su militancia en la guerra civil en Madrid y después en Jaén, y la muerte de su hijo mayor, llevan a su poesía a enfrentarse a una crisis de valores en *Cancionero y romancero de ausencias* y *El hombre acecha*, donde la euforia y el entusiasmo de la lucha adquieren un tono de frustración, de depresión, del ambiente que respiró durante su encarcelamiento. Sirvan como ejemplo la “Canción primera”, “Carta” y “Canción última”. Las imágenes a partir de ahora serán más fuertes e impactantes: la sangre, la tierra laborable, la muerte y finalmente la palabra, materia prima del poeta, que comunica a vivos y a muertos. Es una lástima que la antología no incluya poemas de *El hombre acecha* como “Llano al toro de España” o “El soldado y la nieve”.

Tanto su *Cancionero y romancero de ausencia*, escrito ya en la cárcel (1939-1941), como sus *Poemas últimos*, constituyen una muestra de poesía engarzada en formas tradicionales y lógico resultado de fidelidades políticas. Las imágenes han dejado de ser barrocas, y la poesía de lucha y de amplio desarrollo bélico se convierte en un combate muy personal del individuo contra su propia muerte.

La antología incluye los poemas más destacados de cada etapa de la creación hernandiana, de tal suerte que el lector puede reconocer claramente la evolución del poeta, sus razones, sus motivos y temas predilectos, los cambios de estilo: desde una pedestre imitación de clásicos, hasta el verso libre, la vuelta con maestría a formas clásicas y finalmente su independización con la que encuentra su propia voz transparente y real.

Incluye poemas tan importantes como “Te me mueres de casta y de sencilla”, “Madre España”, “Nanas de la cebolla”, “Vecino de la muerte”, “Eterna sombra”, “Canción del esposo soldado”, “El herido”, “Como el toro he nacido”, “Guerra”, “El tren de los heridos”, “Después del amor”, “Sepultura de la imaginación”, “Antes del oído”, “Canción última”, y “¿No cesará este rayo que me habita?”.

Se podrán extrañar poemas como “Sentado sobre los muertos”,

los conocidos versos de “Por una senda van los hortelanos” y “Umbrío por la pena” o “Me sobra el corazón”, pero en general es una selección atractiva y completa.

En la variedad de estilos y metros poéticos que muestra la obra de Hernández, se ve un poeta íntegro que pasó desde la versificación tradicional del soneto y la égloga a incursionar en la silva para, hacia el final de su vida, emplear por vez primera exhaustivamente el verso libre. Desde sus acercamientos al modernismo, al barroco, al estilo neogongorino, pasando por poemas de influencia surrealista, hasta la poesía social y combativa, o la poesía intimista. Entre todas estas vertientes, el antólogo reconoce sobre todo dos facetas constantes: la popular (verso corto y comprensible) frente a la culta (más largo y hermético). Este doble plano se refleja en creaciones cultas de versos largos, como “Canción del esposo soldado” de *Viento del pueblo* o los alejandrinos de “Hijo de luz y de sombra”, y populares, de metro corto, como el romance “Vientos del pueblo me llevan”.

En resumen, se trata de una buena antología que revela el perfil de un poeta de gran vigor en el que confluye una gran parte de las corrientes literarias de la primera mitad de este siglo en España. Es un libro que da cuenta de la evolución y la valiosa obra del poeta, lamentablemente truncada por su prematura muerte, sin la cual el panorama de la poesía española de la primera mitad del siglo quedaría incompleto.

SUSANA GONZÁLEZ AKTORIES

Universidad Nacional Autónoma de México

SARA POOT-HERRERA, *Un giro en espiral: el proyecto literario de Juan José Arreola*. Universidad de Guadalajara, México, 1992; 238 pp.

Con su lectura de Juan José Arreola, Sara Poot-Herrera dramatiza el proceso de la creación arreolesca como el del lector que teóricamente co-escribe un texto. Dice Poot Herrera que la obra de Arreola (que se ha comparado con la de Rulfo, también fragmentaria y hecha de silencios) es una “producción literaria que requiere la participación activa del lector, tanto en el acto mismo de la escritura (la obra invita a una coautoría), como en el de la lectura (en el trabajo de análisis, crítica e interpretación)” (p. 23)¹.

¹ Este juicio no es menos importante por ser obvio, ya que cualquier lector que intente “leer” a Arreola se encuentra inmediatamente con la tarea primero de “escribir” el texto en la mano, o, en frase de CARMEN DE MORA VALCÁRCEL, “se siente invitado a recomponer pieza por pieza ese *puzzle* tan sabiamente desmontado” (“Juan José Arreola: *La feria* o «una apocalipsis de bolsillo»”, *Revlb*, 56, 1990, p. 108).